

Transcaucasia: La difícil gestión del caos

Charles Urjewicz
Profesor en el Institut
National des Langues et
Civilisations Orientales,
París.

Guerra en Abjazia, donde abjazos y caucasionos del norte ayudados por Rusia se enfrentan a los georgianos, tensión persistente en Osetia del Sur (Georgia), guerra en el Karabaj donde los combatientes armenios y azeríes, agotados y despavoridos, no acaban nunca de luchar. Vida política errática, acciones terroristas de gran envergadura, inseguridad en las grandes ciudades y en las vías de comunicación, pérdida de control de las autoridades republicanas sobre algunas provincias cada vez más tentadas de vivir de forma autárquica o de abrirse hacia un vecino dinámico y muy presente, como Turquía en el caso de Georgia y Azerbaidzhán. Transcaucasia, la región más inestable de la antigua Unión Soviética, se ha convertido hoy en el símbolo de un «lugar de desorden».

Al contrario de los bálticos, incluso de los ucranianos o de los bielorrusos, los armenios, azeríes y georgianos parecen presos de una independencia mal dominada. El jardín lleno de colores y de ruidos, que había desentonado tanto en la monotonía gris del mundo soviético, se ha visto propulsado al primer plano del escenario de una tragedia que se empezó a representar desde el inicio de la *perestroika*: pogroms antiarmenios en Azerbaidzhán; depuración étnica gigantesca para la escala de estas repúblicas (200.000 azeríes expulsados de Armenia, 300.000 armenios echados de Azerbaidzhán); represión brutal de las manifestaciones nacionalistas de Tbilisi, el 9 de abril de 1989, que se saldaron con 21 muertos. El aumento de la radicalización política en cada una de las tres repúblicas y la multiplicación de los conflictos interétnicos han plasmado la imagen de pueblos especiales y ajenos a nuestros valores. Y todo esto antes de que estalle la guerra civil en Yugoslavia...

En 1990, el movimiento popular lleva al poder a «hombres nuevos» que se habían distinguido durante los enfrentamientos con las direcciones comunistas republicanas. Mientras que, en Bakú, el partido comunista sigue reinando a pesar del auge del Frente Popular de Azerbaidzhán, en Ereván, el «Comité Karabaj» -hasta ayer prisionero en Moscú- se encuentra encabezando el Gobierno, tras las primeras elecciones libres de la historia de Armenia. En Georgia, el líder de la oposición nacionalista, Zviad Gamsajurdia, lleva a la victoria a una coalición heteróclita de grupos y de partidos. Un año después de haber escogido la vía de la represión para hacer entrar en vereda a las repúblicas demasiado recalcitrantes, el «centro» debe rendirse a la evidencia: la oposición, hasta hace poco débil y sin esperanzas, ha llegado al poder gracias a la brecha que había abierto la *perestroika*.

Tras ser un tabú durante muchos años, la independencia está ahora a la orden del día. Es proclamada en Georgia, ya el 9 de abril de 1991, y en Armenia el 21 de septiembre del mismo año, unas semanas después del golpe de Estado

que ha acelerado la desintegración de la Unión. El 29 de agosto, el *Soviet* Supremo de Azerbaidzhán, dominado por el aparato comunista, vota precipitadamente el «restablecimiento de la independencia de la república». Armenia y Azerbaidzhán se unen a la CEI (Comunidad de Estados Independientes) poco después de su creación, mientras que Georgia se niega a «doblar a los *diktats* imperiales de Moscú».

En realidad, aunque pertenecen de hecho a un mismo conjunto, las tres repúblicas viven, desde hace ya un año, con ritmos distintos.

En Armenia, las nuevas autoridades anuncian su voluntad de llevar a cabo lo antes posible una liberalización radical de la economía, mientras que ponen en marcha una reforma agraria ambiciosa e innovadora. Al cabo de pocos meses, la privatización de las tierras da sus primeros resultados pero éstos quedan rápidamente aniquilados por la crisis que provoca el bloqueo energético impuesto por Azerbaidzhán.

En Georgia, el nuevo poder salido de las urnas, que proclama muy alto su credo anticomunista, toma un curso cada vez más autoritario y emprende una política económica populista que bloquea cualquier posibilidad de reforma. En enero de 1992, el presidente Gamsajurdia es echado del poder por una sublevación armada y sustituido, poco después, por Eduard Shevardnadze, el antiguo «amo» de la república hasta 1985.

En Azerbaidzhán, el inmovilismo reina. Hasta las elecciones presidenciales, del 7 de junio de 1992, que dan la victoria a Abulfaz Elchibey, líder del Frente

Popular, el poder tiene que enfrentarse a una oposición que vigila cada uno de sus pasos. El conflicto de Nagorni-Karabaj ha relegado a un segundo plano la solución de muchas dificultades, en particular sociales, de una república que parece salvarse superficialmente gracias a su riqueza energética.

En todas partes, el entusiasmo fundador de los primeros días ha decrecido mucho y ha dejado lugar al cansancio. El desgaste del poder también afecta a los nuevos dirigentes, gran parte de los cuales llegó a la vida política en la segunda mitad de los ochenta. Salidos la mayoría de las filas de la *intelligentsia*, no tienen, excepto algunos disidentes, ninguna tradición política. Muchos de ellos han dado un desvío obligado por el partido comunista. Allí han tejido

lazos personales a menudo estrechos con los más altos responsables políticos de una región en donde artistas y escritores se han visto integrados en un sistema «clientelista» que les ha concedido numerosos privilegios y prerrogativas. Mientras no se planteaba la cuestión del poder, el partido comunista sacaba provecho de esta situación que le proporcionaba, a bajo coste, cierta forma de legitimidad, en particular en aquellas repúblicas, como Armenia y Georgia, con fuerte identidad nacional. En contrapartida, la *intelligentsia* gozaba de un régimen algo más liberal en el ámbito de la creación y de la salvaguardia del patrimonio. En Azerbaidzhán, en cambio, el cuadro cambia: la rusificación de una parte importante de las élites intelectuales ha llevado a la marginalización de éstas, en una república en donde la identidad nacional está todavía mal asentada.

A lo largo de 1988-1989, las fuerzas de la oposición asestan, en poco tiempo, golpes muy duros a los aparatos comunistas, carcomidos por la corrupción e incapaces de adaptarse a los nuevos tiempos. En Armenia, la extraordinaria movilización popular en torno al Karabaj propulsa al primer plano a aquellos que habían animado y alimentado la campaña, es decir, al «Comité Karabaj», un grupo de jóvenes intelectuales liberales no comprometidos con un partido comunista que ya no sabe qué tecla tocar. Mientras que los viejos disidentes como Paivur Airikián, un antiguo preso del *gulag*, no consiguen extender su influencia, físicos, «cartistas» (especialistas en documentos antiguos) o lingüistas del «Comité Karabaj» van en lo sucesivo a estrenarse en política bajo las siglas del Movimiento Nacional Armenio (MNA). Pero a pesar de las profundas transformaciones que han marcado la república, los caciques comunistas han guardado su clientela, en particular en las provincias. Con la apertura de las fronteras, los representantes del partido político armenio más antiguo, el partido *Dashnak* (Federación Revolucionaria Armenia) -que había nacido a principios de siglo y era un partido socialista con fuertes tendencias nacionalistas-, protagoniza un regreso señalado a la madre patria. Armenios del Líbano o de Francia van a intentar construir una fuerza política creíble y eficaz frente al MNA, poniendo al servicio de una estrategia de toma del poder una cultura política y unos métodos hasta entonces desconocidos en el espacio soviético. Sin embargo, a principios de 1993, aun con las enormes dificultades por las que atraviesa la república, la alianza del partido *Dashnak* con las fuerzas de oposición no han conseguido

“El entusiasmo fundador de los primeros días ha decrecido mucho y a dejado paso al cansancio”

realmente desestabilizar al presidente de la república, Levón Ter Petrosián, y a su equipo.

En Georgia, la caída del Zviad Gamsajurdia ha significado la vuelta del protagonismo de la *intelligentsia*. Después de verse apartada de las responsabilidades por el régimen populista de Gamsajurdia al que se opuso activamente, ésta desempeña ahora el papel al que aspiraba al principio de la *perestroika*, antes de ser desplazada por la radicalización que siguió a la represión de las manifestaciones de Tbilisi en 1989. Pero esta *intelligentsia* debe compartir ahora el poder con la vieja *nomenklatura* que el nuevo jefe de Estado, Eduard Shevardnadze, ha vuelto a recuperar. Mientras tanto, los partidos políticos radicales salidos de la disidencia contienen como pueden su despecho: sin estar totalmente apartados del poder, deben contentarse, en particular tras las elecciones presidenciales del 11 de octubre de 1992, con un papel de segundo plano, pese a la guerra que se desarrolla en Abjazia. La autoridad de Shevardnadze, percibida como la única capaz de salvar a Georgia, parece actualmente inconstable.

En Azerbaijzhán, la elección de Abulfaz Elchibey a la jefatura del Estado, el 7 de junio de 1992, no ha conseguido estabilizar realmente una situación política marcada por una lucha despiadada por el poder. El Frente Popular, dividido en «liberales» y populistas, está amenazado por un proceso de «lumpenización», en palabras de una de sus fundadoras. Con el trasfondo de la guerra en Nagorni-

Karabaj, las consignas demagógicas tendrán larga vida en este país que nace a la vida política. La vieja *nomenklatura*, por su parte, por muchos procesos y ataques que caigan sobre el ex presidente Mutalibov y sus partidarios, da la impresión de contar aún con una buena vida por delante. En esta república, en donde los clanes que se habían constituido en el seno del partido comunista siguen desempeñando un papel importante, una personalidad controvertida, H. Aliev, «amo» de la región del Najicheván después de haber reinado sobre todo el Azerbaijzhán hasta 1983, fecha en que es llamado a Moscú por Andropov, podría aparecer dentro de poco como un recurso frente al desorden y a la incapacidad de salir de la trampa del Karabaj.

Ante el caos que recorre como una gangrena a Transcaucasia, las élites políticas locales están mal provistas. A los «demócratas» les faltan experiencia y puntos de referencia. Y a los representantes de la *nomenklatura* comunista, que habían sido «adiestrados» para adaptar y poner en práctica una política decidida en Moscú, les cuesta mucho -ahora que el marco del imperio, rígido pero que infundía seguridad, ha desaparecido en parte- administrar una situación de esta índole. En un momento en que sigue siendo problemática la estabilidad del gran vecino, una Rusia que vuelve a descubrir sus intereses estratégicos en Transcaucasia desempeñando un papel ambiguo y peligroso que acentúa un poco más todavía las tensiones; desgraciadamente, el caos parece, tener el porvenir asegurado en la región.